

SIMONE WEIL Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA. UNA PARTICIPACIÓN ESPERANZADA Y CRÍTICA*

Emilia Bea

Abstract

El artículo analiza la participación de Simone Weil en la Guerra Civil española (en la columna Durruti durante el mes de agosto de 1936) como un momento crucial de su evolución personal e intelectual. Esta experiencia repercutirá en su reflexión sobre la barbarie, en la elaboración de la noción de fuerza y en la búsqueda de una resistencia activa frente a la dinámica de la lucha por el poder y de la violencia.

This essay analyses Simone Weil's participation in the Spanish Civil War (in the Durruti column, August 1936) and interprets it as a crucial moment in her personal and intellectual evolution. This experience will have an impact on Weil's reflection on barbarism, her elaboration of the notion of force and her searching for an active resistance to the dynamics of the struggle for power and violence.

Questo saggio analizza la partecipazione di Simone Weil alla guerra civile spagnola (nella colonna Durruti , Agosto 1936) interpretandola come un momento cruciale nella sua evoluzione personale e intellettuale. Questa esperienza influenzerà la riflessione di Weil circa le barbarie, la sua elaborazione della nozione di forza e la sua ricerca di una resistenza attiva alle dinamiche della lotta contro il potere e la violenza .

Key words: Revolution, war, pacifism, barbarism, force, resistance

* Este trabajo ha sido elaborado en el marco de los proyectos de investigación Filósofas del siglo xx. Maestros, vínculos y divergencias (FFI2012-30645) y La transmisión desde el pensamiento filosófico femenino (FFI2015-63828-P).

*Recuérdalo tú y recuérdalo a otros,
Cuando asqueados de la bajeza humana,
Cuando iracundos de la dureza humana:
Este hombre solo, este acto solo, esta fe sola.
Recuérdalo tú y recuérdalo a otros.*
Luis Cernuda
1936

1. Vivir y pensar la guerra

El presente trabajo parte de una conferencia-coloquio que tuvo lugar en Albacete, el 30 de noviembre de 2011, en el marco del seminario interdisciplinar “Brigadas Internacionales, de la memoria a la esperanza”. El organizador de aquellas jornadas, el profesor de filosofía del derecho, Fernando Rovetta, coordinador del CEDOBI (Centro de Estudios y Documentación sobre las Brigadas Internacionales de la Universidad de Castilla La-Mancha), tuvo el acierto de proponer este título que muestra con claridad las notas que caracterizan la participación de Simone Weil en la Guerra Civil española: una participación “esperanzada”, porque nace de una última esperanza revolucionaria compartida por muchos de los voluntarios extranjeros que vinieron a combatir en el bando republicano –en especial en las filas anarquistas en las que ella se integró-, y “crítica”, porque ese escenario revolucionario anhelado por la filósofa se le desveló como un escenario de guerra en el que, lejos de la ansiada liberación de la opresión, se encontró ante la experiencia de la barbarie que marcaría profundamente la evolución de su pensamiento.¹

¹ De entre los numerosos estudios que abordan el tema, recomendamos los siguientes: S. Pétrement, , *Vida de Simone Weil*, Madrid, Trotta, 1997, pp. 409-425; D. Canciani, *Simone Weil. Il coraggio di pensare. Impegno e riflessione politica tra le due guerre*, Roma, Edizioni Lavoro, 1996, pp. 133-163, y “Pensare la forza. Simone Weil dalla guerra di Spagna alla Resistenza”, *DEP (Deportate, Esuli, Profughe. Rivista telematica di Studio sulla memoria femminile)*, n. 13/14, 2010, pp. 189-203; J. Otón, “La participació de Simone Weil en la guerra civil espanyola”, *Simone Weil*:

En este sentido, Simone Weil se relaciona con otros pensadores y escritores situados en la órbita libertaria o cercanos al anarquismo que se solidarizaron con los republicanos españoles, como George Orwell, Gaston Leval o Albert Camus. Estos autores se cuentan entre el reducido número de intelectuales que denunciaron en aquella coyuntura no sólo la violencia de “los otros” sino también “la actitud y el comportamiento de los propios”: “Una crítica que en su momento muy pocos conocieron y que —nos recuerda Fernández Buey refiriéndose a Simone Weil— había de hacerla tan incómoda, como pensadora y como activista, también entre los que habían compartido el ideal libertario”.² Personalidades excepcionales, cuya independencia y altura moral se pusieron de manifiesto al ser capaces de romper con esa estrategia de “o conmigo o contra mí” que puede llegar a secuestrar la realidad e imposibilitar la acción libre y la capacidad de juzgar. Como se ha dicho, son voces intempestivas, que incomodaron a la izquierda y a la derecha,³ pero no como meros espectadores sino implicándose en el combate.³ Una

experiència i compromís, Quaderns de la Fundació Joan Maragall, núm. 90, pp. 9-23; A. Del Río, *El pacifismo y el problema de la guerra en el pensamiento de Simone Weil (1927-1940)*, trabajo de investigación del programa de doctorado “Derechos humanos: problemas actuales” (Universitat de València), 2011, y C. Herrando, “Simone Weil en Espagne. Le contexte de la guerre civile”, *Cahiers Simone Weil*, t. XXXIV, nº 1, 2011, pp. 33-48.

² F. Fernández Buey, “Cuatro calas en la filosofía política de Simone Weil”, F. Birulés, y R. Rius, (eds.), *Lectoras de Simone Weil*, Barcelona, Icaria, 2013, p. 211. En el prólogo del volumen *Escritos históricos y políticos* (Madrid, Trotta, 2007) —en adelante EHP— Fernández Buey señala que “durante esa experiencia Simone Weil parece haber vivido con el alma dividida entre dos convicciones morales: la de que había que ayudar a los campesinos hambrientos que estaban luchando con las armas en la mano contra los terratenientes y la convicción pacifista cuyo imperativo principal es *no matar*”, p. 30.

³ Introducción a S. Leys, *George Orwell o el horror a la política*, Madrid, Acuarela Machado, 2010, p.7. Asimismo, la aportación de Simone Weil puede ser abordada en el marco del papel fundamental de la literatura femenina en el movimiento pacifista, junto a autoras como Virginia Woolf, Dorothy Day o Vera Brittain, que también tomaron posición ante la Guerra Civil española. Véanse V. Cunningham, (ed.) *Spanish Front. Writers on the Civil War*, Oxford University Press, Oxford, New York, 1986; R. Rius, (ed.), *Sobre la guerra y la violencia en el discurso femenino (1914-1989)*, Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, 2006; E. Bea, “La narración femenina de la guerra y el despertar de la conciencia pacifista”, *Persona y Derecho*, Vol. 67, 2012/2, pp. 259-285; A. Usandizaga, “Escritoras extranjeras en la guerra civil”,

prueba de esta actitud crítica respecto a los crímenes cometidos por el propio bando se encuentra en la carta de Simone Weil a George Bernanos, a la que se aludirá en varias ocasiones a lo largo del texto. En su célebre libro *Los grandes cementerios bajo la luna*,⁴ publicado en 1938, el escritor católico y monárquico, que vivía en Mallorca y que había sido inicialmente favorable a los sublevados, caracteriza la represión causada por ellos, y que él pudo presenciar en primera persona, de auténtico régimen de terror. Como veremos, para Weil esta obra posee un valor testimonial único, pues el autor, habiéndose sumergido en la atmósfera de la guerra civil, ha sabido resistirse a ella.

La vida de Simone Weil –que se desarrolla entre 1909, año de su nacimiento en París, y 1943, año de su muerte en el sanatorio de Asfhord, cerca de Londres, cuando solo tenía treinta y cuatro años– estuvo marcada por las dos guerras mundiales. En la primera, su padre sería movilizado como oficial médico y en la segunda se vería compelida a huir del París ocupado por los nazis teniendo que refugiarse primero en Marsella y después en Nueva York, de donde regresó para trabajar en Londres revisando los informes elaborados por los comités de la resistencia francesa, aunque su deseo era lanzarse en paracaídas en la Francia ocupada. En una carta escrita en este último periodo de su vida confiesa: “desde 1914, la guerra no se ha apartado nunca de mi pensamiento”.⁵

Simone Weil se educa en un ambiente liberal y burgués, en el seno de una familia judía asimilada de un elevado nivel cultural, junto a su hermano André, que sería uno de los matemáticos más importantes del siglo XX. Dos hermanos, André y Simone, extraordinariamente dotados intelectualmente y con los rasgos característicos, para bien y para mal, de los genios.⁶ En el liceo Henri IV Simone Weil conoce a

Lectora: revista de dones i textualitat, num. 3, 1997, y *Escritoras al frente; Intelectuales extranjeras en la guerra civil*, Madrid, Narcea, 2008.

⁴ G. Bernanos, *Los grandes cementerios bajo la luna*, Barcelona, Lumen, 2009.

⁵ S. Weil, *Escritos de Londres y últimas cartas*, Madrid, Trotta, 2000, p. 158.

⁶ Sylvie Weil nos ofrece un personal retrato de su familia en el libro *En casa de los Weil. André y Simone*, Madrid, Trotta, 2011.

su maestro Alain (Émile Chartier), cuya influencia marcaría su vida y su pensamiento con la señal, entre otros rasgos, del pacifismo.⁷

Durante sus estudios universitarios de filosofía en la prestigiosa Escuela Normal Superior compaginará el estudio y la reflexión con la actividad social de carácter obrerista y antimilitarista. Simone Weil, que era la única mujer de su promoción, era muy crítica respecto a esa élite inconformista y pretendidamente antiburguesa constituida por “intelectuales de partido”, pertenecientes al PCF, y por los llamados *compagnons de route*, que poblaba las aulas de la Universidad. En este sentido afirma: “a los 18 años sólo me atraía el movimiento sindical”.⁸ Y, en efecto, desde muy joven se vincula a grupos de extrema izquierda de carácter anarquista y sindicalista-revolucionario y centra su interés en una acción sindical libre e independiente de los partidos, preocupada sobre todo por la educación popular.

En 1931, tras aprobar el examen de la *agrégation*, se incorpora a su primer destino como profesora de filosofía en el liceo de Le Puy, ligando su actividad profesional a múltiples actividades relacionadas con la defensa de las reivindicaciones de los trabajadores y la formación obrera. El episodio de su intervención al frente de una manifestación de parados, en pleno curso escolar, provocó protestas de los padres de sus alumnas y despertó un gran interés en la prensa local, con posiciones encontradas entre los distintos medios que se hicieron eco.⁹ Resulta muy gráfico el apodo con el que por

⁷ Véase Alain (Émile Chartier), *Mars ou la guerre jugée*, suivi de *De quelques-unes des causes réelles de la guerre entre nations civilisées*, París, Gallimard, 1995.

⁸ S. Pétrement, *Vida de Simone Weil*, cit., p. 194.

⁹ Véase op. cit, pp. 188-195.

entonces se la conocía: “la virgen roja”.¹⁰ Trasladada al instituto de Auxerre, viaja a Alemania en 1932 para comprobar sobre el terreno los efectos del nacional-socialismo en la clase obrera. Frente a muchos otros que aún abrigaban esperanzas, predice la victoria rotunda de Hitler y la caída del movimiento proletario alemán. También frente a una gran parte de intelectuales de izquierda, toma conciencia de la subordinación de los partidos comunistas occidentales al aparato estatal soviético, que ya no puede considerarse un estado obrero dada su degeneración autoritaria y burocrática. A partir de ahora, criticará duramente el estalinismo y el fascismo, siendo una de las primeras en denunciar el poder totalitario. Sus reflexiones sobre la opresión causan una auténtica convulsión en el movimiento revolucionario, mereciendo los comentarios de figuras clave, como su amigo Boris Souvarine o el mismo León Trotsky, y los elogios de intelectuales comprometidos como Albert Camus, editor de la mayor parte de sus obras, o Alain, quien, tras la lectura de las *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* (1934), alaba el trabajo de su discípula diciendo que “es de primera magnitud”¹¹.

Esta vinculación, desde muy joven, con el sindicalismo revolucionario de corte anarquista y obrerista le hace sintonizar de forma natural con el ideal pacifista. Tras los horrores de la primera guerra mundial,

¹⁰ Laura Adler recuerda que este apelativo procede del entonces director de la *École Normale Supérieure*, Célestin Bouglé, quien se equivocó al predecir que no entraría nunca en el cuerpo de agregados de instituto, lo que le hubiera permitido “dedicarse a preparar bombas”. Cuando conoció el error de su predicción, prometió que intentaría darle una plaza lo más lejos posible para no volver a oír hablar más de ella. *L'insoumise*, Actes Sud, 2008, p. 247. Simone Weil comentará a este propósito: “Estando en la Escuela Normal, de 1928 a 1931, manifestaba gustosamente sentimientos no conformistas, e incluso quizá de manera algo excesiva, como suele ocurrir a los veinte años. De ahí que Bouglé me apodara ‘la virgen roja’. Un apodo que, desafortunadamente, me quedaría ya para siempre, sobre todo en los medios de la educación nacional”, S. Pétrement, *Vida de Simone Weil*, cit., p. 194. En uno de los periódicos que se escandalizaron ante su presencia en la manifestación de parados, leemos: “La manifestación vino precedida de una reunión en la Bolsa de Trabajo. La señorita Weil, virgen roja de la tribu de Leví, mensajera del evangelio de Moscú, había adoctrinado previamente a esas pobres gentes por ella alejadas del buen camino”, p. 190.

¹¹ Carta reproducida en la “nota del editor” de *Opresión y libertad*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1957, p. 8.

toda una generación tiene como norte el imperativo de evitar por todos los medios una nueva masacre. Como afirma la propia Simone Weil en “Reflexiones sobre la guerra”, artículo publicado en 1933 en la revista *La Critique Sociale*, la “atmósfera moral” del movimiento obrero de posguerra se caracteriza por la adopción de “un lenguaje puramente pacifista”.¹² Para ella una acción auténticamente revolucionaria, es decir, liberadora de la opresión, solo puede llevarse a cabo sobre la base del pensamiento riguroso, de lo que denomina “probidad intelectual”, y que siempre implica una actitud crítica. En su opinión: “No se trata de que sea mejor censurar en general el uso de la violencia, como hacen los pacifistas; la guerra constituye, en cada época, una especie bien determinada de violencia, y cuyo mecanismo es necesario estudiar antes de realizar cualquier juicio”.¹³ Tras analizar la situación, añade con contundencia que, lejos de “consideraciones sentimentales o de un respeto supersticioso por la vida humana; se trata de una observación muy simple, a saber, que la matanza es la forma más radical de opresión; y los soldados no se exponen a la muerte, sino que son enviados a una matanza”.¹⁴ En este mismo artículo hay dos frases muy elocuentes que nos permitirán entender su posición en la Guerra Civil española: la primera es la afirmación de que “la guerra revolucionaria es la tumba de la revolución”¹⁵, y la segunda, la constatación de “lo absurdo de una lucha antifascista que tome la guerra como medio de acción”.¹⁶

La guerra lleva a su máxima expresión la humillación sufrida por los seres humanos bajo el yugo de la opresión. Simone Weil señala con claridad en un texto posterior: “Sin duda siempre ha habido guerras; pero que las guerras sean hechas por los esclavos es propio de nuestra época. Y lo que es más, esas guerras en las que los esclavos son invitados a morir en nombre de una dignidad que jamás

¹² EHP, p. 327.

¹³ EHP, p. 328.

¹⁴ EHP, p. 330.

¹⁵ EHP, p. 332.

¹⁶ EHP, p. 330. A su juicio: “No solo eso sería combatir una opresión bárbara aplastando a los pueblos bajo el peso de una matanza más bárbara todavía, sino que sería también extender bajo otra forma el régimen que se quiere suprimir”.

se les ha concedido a ellos constituyen un engranaje esencial en el mecanismo de la opresión”.¹⁷

Este sentimiento de humillación bajo un régimen opresivo será vivido por Weil desde su propio interior durante los meses, entre 1934 y 1935, en que asume la condición obrera –título de una de las principales recopilaciones de sus escritos– entrando a trabajar como operaria en varias fábricas, entre ellas la Renault. Simone Weil no se conformaba con conocer la opresión desde fuera sino que quería vivirla, experimentarla, en primera persona, frente a la actitud de “los grandes jefes bolcheviques” que “pretendían crear una clase obrera libre sin haber puesto los pies en una fábrica y que, por consiguiente, no tenían la menor idea de las condiciones reales que determinan la esclavitud o la libertad para los obreros”.¹⁸

La descripción de la condición obrera se realiza en páginas de extrema lucidez, donde el sufrimiento cotidiano del trabajador anónimo se presenta en toda su crudeza. Simone Weil intenta expresar la desgracia callada, el cansancio, el miedo, la humillación, la angustia y la muerte de las facultades mentales a las que conduce la moderna servidumbre industrial. Ella misma confiesa haber caído en la tentación más fuerte que comporta esta vida: la de no pensar para no sufrir.

Frente a esta situación, Simone Weil afirma con contundencia en los escritos de esta época, y lo hará hasta la última página de su obra, que “es fácil definir el lugar que debe ocupar el trabajo físico en una vida social bien ordenada; debe ser su centro espiritual”.¹⁹

La experiencia obrera, además de influir en su análisis de la opresión, tiene una gran repercusión en su evolución personal, pues la humillación sufrida la lleva a considerarse sin ningún derecho a nada y a sentirse para siempre como una esclava que no merece ningún tipo de consideración. Y también se relaciona directamente con la experiencia tal vez más decisiva de su itinerario vital: su experiencia mística, o experiencia interior e inefable de lo sobrenatural, que conlleva una creciente preocupación religiosa y

¹⁷ EHP, p. 343

¹⁸ S. Weil, *Ensayos sobre la condición obrera*, Barcelona, Nova Terra, 1962, p. 16.

¹⁹ S. Weil, *Echar raíces*, Madrid, Trotta, 1996, p. 232.

una progresiva aproximación a la Iglesia, que, sin embargo, no llegaría a culminar en la recepción del bautismo. Su primer contacto con el cristianismo se produce a raíz de un viaje a Portugal inmediatamente después de su experiencia en la fábrica. Como ella misma afirma: “en la fábrica, confundida a los ojos de todos, incluso a mis propios ojos, con la masa anónima, la desdicha de los otros entró en mi carne y en mi alma”²⁰ y, precisamente, en este estado de ánimo y ante una procesión de pescadores en la orilla del mar, siente por primera vez el parentesco existente entre la desgracia, la compasión y la cruz de Cristo.

2. La atmósfera de la guerra civil

Otra experiencia, cercana en el tiempo a ésta y que tendrá también un gran impacto sobre ella y sobre su visión de la condición humana, es la que estamos analizando en este trabajo: su breve participación como miliciana en la Guerra Civil española junto a los anarquistas en la columna Durruti, en agosto de 1936; una presencia breve en España que ha quedado grabada en la memoria gracias a una expresiva foto de la joven miliciana vestida con un mono de mecánico con la inscripción CNT. Pero después de lo que ya conocemos de su itinerario vital, la primera pregunta que suscita esta imagen es por qué una pacifista como ella toma parte activa en una guerra, teniendo en cuenta, además, que, como consecuencia de este pacifismo –y frente a amplios sectores de la izquierda francesa que en aquel momento aceptaban ya el recurso a la guerra para hacer frente al fascismo–, ella continuaba siendo partidaria de la no-intervención generalizada y, por tanto, de la política de neutralidad de Francia (aunque no por las razones que latían en el fondo de esta política). El historiador Pierre Vilar, entre otros, lo interpreta como una gran incoherencia. A su juicio, es una contradicción que, a título personal, se aliste en las milicias del frente de Aragón y, en cambio, censure la actitud de grupos políticos de izquierdas que se preparaban para luchar contra la Alemania nazi dando apoyo a la

²⁰ S. Weil, *A la espera de Dios*, Madrid, Trotta, 2009, 5ª ed., p. 40.

fabricación de armas y a la intervención en el juego de alianzas internacionales.²¹

Simone Weil trata de explicar las razones en la carta que escribe un par de años después al escritor Georges Bernanos: “En julio de 1936 yo estaba en París. No me gusta la guerra, pero lo que siempre me ha provocado más horror que la guerra es la situación de los que se encuentran en retaguardia. Cuando comprendí que, a pesar de mis esfuerzos, no podía dejar de participar moralmente en esa guerra, es decir, desear todos los días, a todas horas, la victoria de unos y la derrota de los otros, me dije que París era para mí la retaguardia, y tomé el tren para Barcelona con la intención de comprometerme”.²²

Como hemos indicado al principio, Simone Weil, que ya se había mostrado muy crítica respecto a la viabilidad de una revolución, ve en esta guerra una última esperanza revolucionaria en oposición al fascismo y quiere conocer los hechos en directo y participar. En este sentido, formaría parte de esa opinión antifascista que, según recuerda Carlos José Márquez en su obra *¿Cómo se ha escrito la guerra civil española?*, había calado “en occidente entre escritores, artistas e intelectuales”.²³ Una corriente que, como muestra en *Idealistas bajo las balas* el hispanista británico Paul Preston, estaba integrada por los miles de hombres y mujeres de todo el mundo que viajaron a España para incorporarse a las Brigadas Internacionales: “Aquellos voluntarios creían que combatir en defensa de la República

²¹ P. Vilar, *Pensar históricamente*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 148. (texto citado por Josep Otón en “La participació de Simone Weil en la Guerra civil espanyola”, cit., p. 10).

²² EHP, p. 523.

²³ C. Márquez, *¿Cómo se ha escrito la guerra civil española?*, Lengua de trapo, Madrid, 2006, p.112. En la literatura sobre la Guerra Civil las referencias a Simone Weil son escasas aunque algunas excepciones resulten significativas, como la novela-collage de Hans Magnus Enzensberger, *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti* (Barcelona, Anagrama, 1998), que utiliza el Diario de España y algunas cartas de la autora entre los documentos con que construye su narración. También, por ejemplo, Andrés Trapiello, en su libro *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil* (Barcelona, Destino, 2010), la cita en varias ocasiones con este perfil: “Ensayista. Después de la guerra de España, esta admirable pensadora parece como si, ya en la Francia no ocupada, se hubiese echado a la espalda el peso de una lucha espiritual y social que la quebró definitivamente, como a veces se rompe un verso”, p. 599.

española era luchar por la supervivencia misma de la democracia y la civilización ante el ataque del fascismo”.²⁴

El 8 de agosto de 1936 Weil cruza la frontera en Portbou y llega a Barcelona. En el *Diario de España*²⁵ expresa las primeras impresiones de expectación y tranquilidad, y observa pequeñas transformaciones que permiten hacer pronósticos favorables, al estilo de lo que explica George Orwell en las páginas de su *Homenaje a Cataluña*: “El poder está en manos del pueblo”.²⁶ En Barcelona, Simone Weil contacta con Julian Gorkin, dirigente del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), con la intención de ir a buscar a Joaquín Maurín, cuñado de Boris Souvarine, que había desaparecido en los primeros días de la guerra en territorio controlado por los sublevados. Ante la negativa de Gorkin, decide ir al frente como periodista y se alista en el grupo internacional, formado por 22 personas, de la columna Durruti. El lunes 17 de agosto en Pina de Ebro anota en su diario que se le ha dado un fusil y que se ha tendido “en pleno barro para disparar al aire”.²⁷

Al día siguiente es destinada a la cocina y, poco después, sufre un accidente al meter el pie en el aceite hirviendo de una sartén que estaba en el suelo sobre las brasas de un fuego enterrado. En sus memorias del frente de Aragón, que conforman el libro *Del amor, la guerra y la revolución. Recuerdos de la guerra de España*, el italo-francés Antoine Giménez cita a Simone Weil entre los personajes con los que coincidió en las milicias anarquistas y, en concreto, este

²⁴ P. Preston, *Idealistas bajo las balas*, DeBolsillo, 2008, Barcelona, p.16. También en referencia a las Brigadas Internacionales Arthur Koestler comenta: “La mitad del mundo adoraba a aquellos hombres como a héroes y santos; la otra mitad los repudiaba como a locos y aventureros. En realidad, eran todas estas cosas; pero, ante todo, eran la vanguardia militante de un credo” en el libro colectivo compilado por M. Requena, *La despedida española. Homenaje a las Brigadas Internacionales 1936-2008*, Sevilla, Espuela de Plata, 2008, p. 47.

²⁵ EHP, pp. 509-516.

²⁶ EHP, p. 510. Y añade con cierto entusiasmo, aunque también con cautela: “Los hombres vestidos con mono tienen el mando. Estamos actualmente en uno de esos periodos extraordinarios que hasta ahora no han perdurado, en los que aquellos que siempre han obedecido asumen responsabilidades. Esto no se produce sin inconvenientes, por supuesto. Cuando se da a muchachos de diecisiete años fusiles cargados en medio de una población desarmada...”

²⁷ EHP, p. 512.

accidente que le ocasionó graves quemaduras determinando su evacuación y el fin de su experiencia en el campo de batalla. Cuenta Giménez que la filósofa miliciana dejó honda huella en Manuel, un muchacho de Pina que se volvió taciturno tras su partida y de quien ella decía que era bello como un dios griego».²⁸ Comentario que concuerda perfectamente con la admiración de Weil por la cultura helénica, que es una de las notas más significativas de su pensamiento.

La experiencia en el frente dejará secuelas incurables en Simone Weil más allá de las ocasionadas por las heridas en la pierna. En el *Diario de España* leemos: “Me tumbo sobre la espalda, miro las hojas, el cielo azul. Un día muy bello. Si me cogen, me matarán... pero es merecido. Los nuestros han derramado mucha sangre. Soy moralmente cómplice”.²⁹ La complicidad con la barbarie le rompe los esquemas y refuerza su pesimismo sobre el futuro de la revolución. En unas notas escritas poco después de su regreso a Francia, advierte que, si bien “no se podría poner en duda la buena fe de nuestros camaradas libertarios de Cataluña”, sin embargo, vemos producirse allí “formas de coacción, casos de inhumanidad claramente contrarios al ideal libertario y humanitario de los anarquistas. Las necesidades y la atmósfera de la guerra civil prevalecen sobre las aspiraciones que se tratan de defender por medio de la guerra civil”.³⁰ Una conclusión de alto voltaje, que entronca con las terribles noticias sobre abusos cometidos por sus compañeros que conoció durante su ingreso en el hospital militar de Sitges y que relata en la citada carta a Georges Bernanos: expediciones punitivas, fusilamientos, asesinatos de sacerdotes... Pero hay un hecho que la afecta especialmente y que citamos en extenso llamando la atención sobre la observación final: “En Aragón, un pequeño grupo internacional de veintidós milicianos de todos los países cogió, después de una escaramuza, a un joven de quince años que combatía como falangista. Nada más ser cogido, temblando por haber visto cómo morían sus camaradas junto a él,

²⁸ A. Giménez, *Del amor, la guerra y la revolución: recuerdos de la guerra de España del 19 de julio de 1936 al 9 de febrero de 1939*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2009.

²⁹ EHP, p. 514.

³⁰ EHP, p. 518.

dijo que se le había enrolado a la fuerza. Se le registró, se le encontró una medalla de la Virgen y un carné de falangista. Se le envió a Durruti, jefe de la columna, que tras haberle expuesto durante una hora las bellezas del ideal anarquista le dio la elección entre morir y enrolarse inmediatamente en las filas de aquellos que lo habían hecho prisionero, contra sus camaradas de la víspera. Durruti dio al muchacho veinticuatro horas de reflexión; al cabo de veinticuatro horas, el chico dijo no y fue fusilado. Durruti era, sin embargo, en algunos aspectos, un hombre admirable. La muerte de este joven héroe no ha dejado nunca de pesar sobre mi conciencia, aunque no lo haya sabido sino después”.³¹

En una carta posterior al Padre Perrin —el dominico que fue confidente de su evolución religiosa— la impronta que dejó la experiencia española en la joven miliciana se hace patente al reconocer que los crímenes le horrorizaban pero no le sorprendían pues percibía en sí misma la posibilidad de cometerlos. Y confiesa que es justamente esa percepción la que le causaba horror. Se trata de la atmósfera de guerra a la que hemos aludido y que está tan lejos del ideal revolucionario: un aire de crueldad, de indiferencia ante el sufrimiento del enemigo, que contagia a quien lo respira y del que es muy difícil escapar. En la carta a Bernanos leemos: “Lo esencial es la actitud con respecto al hecho de matar a alguien. Ni entre los españoles, ni siquiera entre los franceses llegados, sea para combatir, sea para darse un paseo —estos últimos con mucha frecuencia intelectuales blandos e inofensivos—, he visto nunca expresar, ni siquiera en la intimidad, la repulsión, el desgarrar ni tan sólo la desaprobación por la sangre vertida inútilmente... En cuanto a mí, tuve el sentimiento de que, cuando las autoridades temporales y espirituales han puesto una categoría de seres humanos fuera de aquellos cuya vida tiene un precio, no hay nada más natural para el hombre que matar... Hay ahí una incitación, una ebriedad a la que es imposible resistirse sin una fuerza de ánimo que me parece excepcional, puesto que no la he encontrado en ninguna parte”.³²

³¹ EHP, p. 524.

³² EHP, pp. 524-525.

En este clima se colapsan nuestras mejores capacidades: el respeto al otro, la conciencia de los límites, el pensamiento libre y el juicio moral: “En la tormenta de la guerra civil –nos dice Simone Weil– los principios pierden toda medida común con las realidades, cualquier criterio en función del cual se puedan juzgar los actos y las instituciones desaparece, y la transformación social queda entregada al azar”.³³ En el artículo “No empecemos otra vez la guerra de Troya”,³⁴ publicado en *Nouveaux Cahiers* en abril de 1937, denuncia también la falta de proporción, de objetivos, de sentido, a que aboca toda guerra; entidades imaginarias, meras abstracciones convertidas en absolutos, palabras vacías que tienen efectos mortíferos, pues la guerra es la irrealidad misma.³⁵

A pesar de esta convulsión interior, Simone Weil no renuncia a su solidaridad con el campo que había elegido. De hecho, dejó España

³³ EHP, p. 519. Weil añade que “la característica esencial y tal vez el peor mal de la guerra civil” es que “la coacción y la espontaneidad, la necesidad y el ideal, se mezclan de manera que llevan una confusión inextricable no sólo a los hechos, sino también a la propia conciencia de los actores y de los espectadores del drama”.

³⁴ EHP, pp. 351-365. Según Adrià Chavarria, para Simone Weil “la política –las nuevas palabras que han de ser comestibles– es la que tendría que interrumpir el mecanismo de las relaciones atrapadas por la fuerza. La política tendría que convertirse en una brecha de libertad, en contraposición al juego de los mecanismos ciegos del poder; nuevas posibilidades para tratar de los asuntos humanos, obstaculizando el paso a la guerra y construyendo un lugar para el pensamiento”, “La fuerza en Simone Weil: Troya y Venecia Salvada”, *Anthropos*, nº 211 (Simone Weil. *Experiencia y significado del misterio de la existencia*), 2006, p. 161.

³⁵ Como señala Alejandro del Río, “«Pensar la guerra» resumía a sus ojos el coraje de pensar, desde el momento en que la entraña de la violencia se le mostró como lo refractario al pensamiento, como desmesura, falta de límite y ausencia de *logos*: una paradoja en sí misma tan violenta, recalcará, que escapa al análisis. Por ello, el pensar (lo cual significa, en su caso, pensamiento concreto, atención a lo real, trabajo, acción, y hasta «no-acción») representa, a su juicio, el único medio con el que oponer una resistencia eficaz a la «irrealidad» destructiva de la violencia”, “El siglo de la guerra. Jan Patočka y Simone Weil”, Comunicación presentada en el III Seminario Internacional “Filosofía de la paz y justicia restaurativa”, celebrado en Valencia del 4 al 7 de febrero del 2013.

a su pesar “y con la intención de regresar”³⁶ y continuará participando en reuniones de grupos antifascistas, en los que, ataviada a veces con el pañuelo rojo y negro, defiende a los anarquistas españoles y sus realizaciones sociales en Cataluña. Pero como pacifista sigue defendiendo la política de neutralidad y no intervención, aunque lo hace desde una fuerte denuncia a las contradicciones en que incurren los gobernantes de su país, pues “si se desentienden del conflicto español no es por la defensa de la paz” ya que no dudarían en declarar la guerra si hubiese una agresión contra territorio francés o contra territorio protegido; “en lugar de preservar la paz, protegemos el juego de alianzas internacionales”. La autora se opone a la política exterior francesa, en especial en lo concerniente a la cuestión colonial, derivada de un Estado centralista y dominador que es indiferente ante el sufrimiento provocado dentro y fuera de sus fronteras.³⁷ A su juicio, si no se interviene en España ninguna razón podrá justificar ya la guerra: “El día en que Léon Blum ha decidido no intervenir en España, ha asumido una pesada responsabilidad. Ha decidido, llegado el caso, que habría incluso que abandonar a nuestros camaradas de España a un exterminio masivo. Todos los que le hemos apoyado participamos de esta responsabilidad. Y bien, si hemos aceptado sacrificar a los mineros asturianos, a los campesinos hambrientos de Aragón y de Castilla, a los obreros libertarios de Barcelona antes que provocar una guerra mundial, nada en el mundo nos debe llevar a provocar la guerra. Nada, ni Alsacia-Lorena, ni las colonias, ni los pactos. Que no se diga que algo en el mundo nos es más querido que la vida del pueblo español”.³⁸

³⁶ Pero más tarde no llegaría a hacerlo pues “no sentía ya ninguna necesidad interior de participar en una guerra que no era ya, como me había parecido al principio, una guerra de campesinos hambrientos contra propietarios terratenientes y un clero cómplice de los propietarios, sino una guerra entre Rusia, Alemania e Italia”, EHP, p. 523.

³⁷ Véase el capítulo titulado “Los escritos sobre la guerra y el colonialismo” en el libro de E. Bea, *Simone Weil. La memoria de los oprimidos*, Madrid, Encuentro, 1992, pp. 115-132.

³⁸ EHP, p. 348.

3. *Hacia una nueva forma de estar presente en el frente*

Sin embargo, la anexión de Checoslovaquia, la violación de los acuerdos de Múnich y la invasión de Polonia por parte de Hitler acaba por significar la muerte de cualquier esperanza de mantener la paz. Simone Weil, como tantos otros pacifistas de la época, se sitúa ante un callejón sin salida o ante un jaque mate; el triunfo del imperio de la fuerza parece inevitable, no hay alternativas posibles en este mundo de negación.³⁹

Todo ello va sumiendo a Simone Weil en un gran pesimismo con respecto a la idea de progreso y la marcha de la historia,⁴⁰ aunque esta evolución va unida a un proceso de transformación interior por caminos antes insospechados y a su paulatina e inesperada aproximación al cristianismo. Precisamente, tan solo unos meses después de su presencia en España, en un viaje a Italia, se produce lo que ella llamará su “segundo contacto con el catolicismo”. Según confesará más tarde, en la capilla de la Porciúncula de la basílica de Santa María de los Ángeles de Asís, algo más fuerte que ella misma la obligó a arrodillarse por primera vez en su vida. A partir de ahí, va

³⁹ Simone Weil reconoce “que los esfuerzos desplegados para fundar los principios de la vida internacional de forma distinta a la astucia y a la guerra ahora son completamente superados por los acontecimientos, no que reniegue de ellos, sino que constata que, a falta de haber sido llevados a la práctica a tiempo, se han hecho inoperantes”, G. Leroy, “Sur le pacifisme des écrivains et des intellectuels entre les deux guerres: le cas de Simone Weil”, *Cahiers Simone Weil*, t. VII, n.º 3, 1984, p. 230.

⁴⁰ En un texto de finales de 1938, que perfectamente podría ser escrito hoy, Simone Weil afirma: “Se puede decir, sin temor a exagerar, que la humanidad en nuestro pequeño rincón de Europa, que desde hace tanto tiempo domina el mundo, atraviesa una crisis profunda y grave. Las grandes esperanzas heredadas de los tres siglos precedentes, y sobre todo del último: esperanza de una difusión progresiva de las luces, esperanza de un bienestar general, esperanza de democracia, esperanza de paz, se están desmoronando con rapidez. Eso no sería algo muy grave si se tratara simplemente de una desilusión que alcanzara a ciertos círculos intelectuales, o a ciertos medios particularmente preocupados por los problemas políticos y sociales. Pero estamos en unas condiciones en que el desasosiego toca y corrompe todos los aspectos de la vida de los hombres, todas las fuentes de actividad, de esperanza y de felicidad”, EHP, p. 377.

descubriendo la presencia de la *gracia* como único contrapeso a la *gravedad* dominante.⁴¹

En “Reflexiones sobre la barbarie” (1939) propone que consideremos “la barbarie como una característica permanente y universal de la naturaleza humana, que se desarrolla más o menos según las circunstancias le son más o menos favorables”. Eso supone aceptar el siguiente principio: “se es siempre bárbaro con los débiles. O, al menos, para no negar todo poder a la virtud, se podría afirmar que, salvo al precio de un esfuerzo de generosidad tan raro como el genio, se es siempre bárbaro con los débiles”.⁴² La fuerza domina este mundo pero es posible la acción del justo que encuentra su inspiración en una fuente que no es de este mundo.

En uno de los escritos más importantes y más celebres de Simone Weil, “La *Ilíada* o el poema de la fuerza” –paralelo al que escribió en el mismo contexto otra gran pensadora menos conocida, Rachel Bepaloff⁴³– se presenta la fenomenología de la guerra y de la violencia en su realidad, sin idealizaciones, glorificaciones del poder o suavización del sufrimiento terrible que provoca y que alcanza a vencedores y vencidos, arrastrados todos por la misma miseria.⁴⁴ El único modo de resistir a la dinámica de la fuerza y de la barbarie radicaría en la sabiduría que esconde el poema homérico: “no creer nada al abrigo de la suerte, no admirar nunca la fuerza, no odiar a los enemigos y no despreciar a los desdichados”.⁴⁵ En definitiva, como dice en otro momento de este texto, “no es posible amar y ser justo

⁴¹ *La gravedad y la gracia* es el título de una de las obras más emblemáticas de Simone Weil, obra póstuma, editada en 1947, que recoge una selección de fragmentos de sus Cuadernos realizada por su amigo Gustave Thibon. En una carta desde Casablanca de mayo de 1942 (publicada en *Cahiers Simone Weil*, t. IV, nº 4, 1981, p. 196) Weil le dice a Thibon que, si durante tres o cuatro años no vuelve a oír hablar de ella, puede considerar “que tiene la completa propiedad” de esta parte esencial de su legado, además de señalar que las ideas que hay en estas anotaciones pueden ser comunicadas por él haciéndolas suyas a través de sus propios escritos.

⁴² EHP, p. 272.

⁴³ Véase R. Bepaloff, *De la Ilíada. Seguit de “L’estil de l’edat mítica” de Hermann Broch*, (Edició, traducció i introducció de Rosa Rius Gatell. Amb escrits de Jean Wahl, Montserrat Jufresa i Fina Birulés), Palma (Mallorca), Lleonard Muntaner, 2012.

⁴⁴ Véase M. La Torre, “Reflexiones sobre *La Ilíada*”, E. Bea, (ed.), *Simone Weil. La conciencia del dolor y de la belleza*, Madrid, Trotta, 2010, pp. 63-69.

⁴⁵ EHP, p. 310.

más que si se conoce el imperio de la fuerza y se sabe no respetarlo.⁴⁶

Ese mismo espíritu, antídoto de la brutalidad totalitaria (heredera del desprecio de los romanos a los extranjeros, los enemigos, los esclavos y los vencidos), es el que inspira su *Proyecto de una formación de enfermeras de primera línea*,⁴⁷ propuesta estratégica que lanza con una gran determinación haciendo continuas gestiones para que sea ejecutada por las fuerzas aliadas. Se trata de contrarrestar el horror inevitable de la guerra con un cuerpo de enfermeras en la trinchera que simbolicen las armas de la compasión y de la entrega a los demás. “Se deben usar métodos nuevos – comenta M.C. Bingemer- y con una fuerza simbólica capaz de golpear la imaginación. Y esto solo se consigue creando algo enteramente diferente, sin imitar modelos ya existentes”.⁴⁸ Como dice Weil: “Debemos hacer que surja lo nuevo. Esa capacidad de surgimiento es por sí misma un signo de vitalidad moral que puede sostener las esperanzas de los pueblos que cuentan con nosotros y disminuir las de los enemigos”.⁴⁹ Se trata, pues, de una iniciativa de resistencia activa frente a la violencia o, con palabras de Michel Narcy, de una nueva forma de estar presente en el frente, que denota “que no ha olvidado la lección de su experiencia española”, pues el proyecto “es el resultado de dos postulados contradictorios: la necesidad de combatir, y la inutilidad de combatir del mismo modo que el adversario”.⁵⁰ Esta es tal vez la conclusión fundamental que Simone Weil extrae del episodio de la guerra civil; una conclusión que se verá reflejada en sus escritos de Londres, ciudad a la que regresa voluntariamente desde Nueva York (destino seguro para una

⁴⁶ EHP, p. 308.

⁴⁷ S. Weil., *Escritos de Londres y últimas cartas*, cit, pp. 145-153.

⁴⁸ M.C.Bingemer, *La fuerza y la debilidad del amor*, Verbo divino, Estella (Navarra), 2009, p. 161.

⁴⁹ S. Weil., *Escritos de Londres y últimas cartas*, cit, p. 149.

⁵⁰ M. Narcy, “Simone Weil dans la guerre ou la guerre pensée”, *Cahiers Simone Weil*, t. XIII, n.º 3, 1990, p. 418. Según Michel Narcy, “lo esencial del proyecto reside en el hecho de colocar en el frente a no combatientes”.

judía) y en la que pasará los últimos meses de vida colaborando con los servicios de inteligencia de la Francia libre.⁵¹

En Londres y en plena guerra, Simone Weil asegura que nada inferior a la justicia, la verdad y la belleza (imagen entre nosotros del orden impersonal y divino del universo) “es digno de servir de inspiración a los hombres que aceptan morir”.⁵² En un mundo dominado por la fuerza, solo de este orden superior se puede extraer un fermento verdaderamente revolucionario. Como escribe Patrice Rolland, “Weil ilustra, si no la inaugura, una relación mucho más compleja y una percepción nueva de las relaciones de lo político y lo religioso en el siglo XX”,⁵³ ya que, “el mundo moderno, incluido el totalitarismo que se desarrolla en él, se encierra aparentemente en una paradoja estrepitosa: pretende separar lo profano de lo sagrado, pero confunde lo religioso y lo político”.⁵⁴ Según Simone Weil: “No es que el hitlerismo merezca el nombre de religión. Pero sin ninguna duda es un suceso de religión y esa es una de las principales causas de su fuerza”.⁵⁵ “Hay pues —continúa observando Rolland— una crisis de la relación justa y equilibrada del mundo moderno respecto a la religión; en realidad, porque hay separación puede haber confusión, signo en ambos casos de una ausencia de relación exacta. S. Weil opone un doble rechazo y quiere invertir la relación: reanudar la relación de lo profano y de lo sagrado para mejor distinguir lo político de lo religioso. La aproximación religiosa constituye por tanto para ella una función crítica esencial, en particular, respecto a la política. El totalitarismo podría ser así un fruto de la negación de la cuestión religiosa en el mundo moderno,

⁵¹ En este periodo escribe los textos reunidos en *Escritos de Londres y últimas cartas*, cit., y su famoso ensayo *L'Enracinement*, que ella tituló *Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain*, cit. De él dijo Albert Camus que “es imposible imaginar un futuro para Europa que no tenga en cuenta las exigencias definidas por Simone Weil” Camus, A., “Préface à l'Enracinement”, *Bulletin de la Nouvelle Revue Française*, juin, 1949. *Euvres Complètes II. Essais*, Paris, Gallimard, 1965, pp. 1700-1702.

⁵² S. Weil., *Escritos de Londres y últimas cartas*, cit., p. 40.

⁵³ P. Rolland, “Religion et politique: expérience et pensée de S. Weil”, *Cahiers Simone Weil*, T. VII, n° 4, 1984, p. 369.

⁵⁴ *Ibid*, p. 377.

⁵⁵ S. Weil, *Escritos de Londres y últimas cartas*, cit., p. 148.

cuya elucidación sería liberadora”.⁵⁶ Una de las claves de la crisis de civilización que padecemos, y que tan trágicamente desembocó en las dos guerras mundiales, reside en el olvido de la función propia de la religión, que consiste en impregnar de luz toda la vida profana, pública y privada, sin dominarla nunca de ningún modo. Así, “la vida entera de un pueblo puede estar impregnada por una religión que esté por completo orientada hacia la mística”.⁵⁷ Esta orientación es la que marca la diferencia entre el auténtico sentido de lo religioso - entre una religión que es expresión pura de una belleza impotente- y su visión degradada, idolátrica o sociológica.

La conclusión central extraída de su experiencia como miliciana - la necesidad de combatir y la inutilidad de combatir del mismo modo que el adversario- da paso a otra conclusión también desconcertante en los Escritos de Londres: “Por encima de las instituciones destinadas a proteger el derecho, las personas, las libertades democráticas, hay que inventar otras destinadas a discernir y a abolir todo lo que, en la vida contemporánea, aplasta a las almas bajo la injusticia, la mentira y la fealdad. Hay que inventarlas, pues son desconocidas, y es imposible dudar acerca de si son indispensables”.⁵⁸

Mientras Simone Weil clama por una renovación radical de las democracias occidentales como antídoto para el futuro ante el auge del totalitarismo en Europa, su vida se consume sin poder llegar a cumplir su deseo de asumir una misión arriesgada para compartir el peligro y el sufrimiento de sus compatriotas.

La solidaridad hasta el propio anonadamiento marca a fuego todo el itinerario de Simone Weil.⁵⁹ Durante los dos años que vivió en Marsella –previos a su marcha a América– esa constante, que es la

⁵⁶ Ibid, p. 377.

⁵⁷ S. Weil, *Escritos de Londres y últimas cartas* p.85.

⁵⁸ Ibid, p. 40.

⁵⁹ Como señala Fina Birulés: “En toda la obra de Simone Weil se lee la decisión de situarse en el terreno de la realidad y, en particular, en el de la desdicha (*le malheur*). Este gesto, que tuvo como efecto una notable disminución de su salud física, hay que interpretarlo, además de como el fruto de un talante solidario, como reflejo de su intento por salvar la distancia entre «saber» y «saber con toda el alma»”, “Observaciones en torno al legado de Simone Weil”, *Lectoras de Simone Weil*, cit., p. 18.

nota dominante de su vocación personal y filosófica, se materializa en su preocupación por los extranjeros internados en los campos del sur de Francia, en su mayoría antifascistas expulsados de sus países, y, entre ellos, por el anarquista español Antonio Atarés, con el que mantuvo una conmovedora correspondencia centrada en la evocación de la belleza como fuente inalienable de alegría y garantía de libertad interior.⁶⁰ Correspondencia que puede ser leída como un último homenaje a aquellos camaradas con los que compartió su experiencia en la Guerra Civil española; una participación que ella misma sometió a crítica, pero cuyo recuerdo pervive en ese lugar de la memoria en el que habita la esperanza.

⁶⁰ Estas cartas han sido publicadas en castellano en el libro de D. Canciani, y M.A. Vito, (ed.), *La amistad pura*, Madrid, Narcea, 2010. Véase también el documentado trabajo de B. Sicot, "L'anarchiste et la philosophe: Antonio Atarés et Simone Weil (1941-1951)", *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine* [En línea], 1 | 2012, consultado el 25 marzo 2013. URL : <http://ccec.revues.org/3928>; DOI : 10.4000/ccec.3928.